



EUSKAL-ERRIA

EUSKAROS ILUSTRES

D. IGNACIO MARÍA DE ALABA

El día 26 del mes de mayo de 1817 falleció en la villa de Chicla-na el Excmo. Sr. D. Ignacio María de Álaba y Navarrete, gran cruz de las reales órdenes españolas de Carlos III y militares de San Fernando y San Hermenegildo, caballero de la de Santiago, administrador de la encomienda de la Casas de Talavera en la de Calatrava, capitán general de la real armada, decano del supremo consejo del almirantazgo, consiliario de la real academia de San Fernando, etc., etc.

Nació en Vitoria á 24 de setiembre de 1750, y comenzó su carrera de guardia-marina en 23 de Junio de 1766. Concluidos los estudios se embarcó á principios de 1768 en el navío *Terrible*, y sucesivamente en otros buques, en que hizo un viaje á Filipinas, y muchos cruceros y campañas en clase de subalterno, captándose por sus cono-

cimientos y aplicación el aprecio de sus jefes y el favorable concepto de sus compañeros. En 1778 obtuvo el mando del jabeque *San Luis*, en el que hizo con buen desempeño el corso contra los moros en el Mediterráneo. Declarada al año siguiente la guerra á los ingleses le llevó consigo el comandante general de la escuadra D. Luis de Córdoba en clase de uno de sus primeros ayudantes, empleándolo en las comisiones de mayor confianza; y le confió en 1781 el mando de la fragata *Bárbara*, con la cual, no sin admiración se le vió mantener los cruceros del estrecho de Gibraltar en lo más ríguoso del invierno, perseguir, batir, y apresar varias embarcaciones de guerra, y muchas más en los convoyes enemigos á vista de la escuadra combinada, que aplaudió siempre su actividad é inteligencia. Con este mando hizo las campañas del canal de la Mancha y se halló en el auxilio de las baterías flotantes delante de Gibraltar, y en el combate naval con la escuadra inglesa el 20 de octubre de 1782.

Dióle S. M. después el mando de la fragata *Sabina* y cuando se trató de mejorar la construcción de los bajeles de la armada, fué elegido para el mando del *San Ildefonso*, fabricado por nuevos planes, haciendo con él en el verano de 1785 la campaña de pruebas entre este navío y el *San Juan Nepomuceno* y las fragatas *Casilda* y *Brígida*, logrando la instrucción de la oficialidad, y concurrir eficazmente al ajuste del primer tratado de paz, que se concluyó entre nuestra nación y la regencia de Argel. Después fué nombrado mayor general de la escuadra de evoluciones, que dirigió D. Juan de Lángara en 1787; del departamento de Cartajena al año inmediato, y en 1790 de la escuadra que al mando del marqués del Socorro ocupó los mares con tal celeridad, que infundiendo respeto á los mismos ingleses, facilitó las negociaciones de la paz entre las dos naciones, que estuvo expuesta á turbarse.

Con el mando del navío *San Francisco de Paula* concurrió en 1791 á la defensa de la plaza de Orán, que arruinada por los terremotos se veía atacada por los moros. Con motivo de la guerra declarada á la Francia en 1793 fué nombrado mayor general de la escuadra del teniente general D. Juan de Lángara, y tuvo como tal una parte muy activa en todas las operaciones; concurriendo á todas las campañas del Mediterráneo, á la entrada y ocupación de Tolón, y a su conservación y abandono: por todo lo cual mandó S. M. se le diesen gracias en su real nombre, ofreciendo premiar sus servicios. No fueron

menores los de las campañas siguientes en el sitio de Rosas, en el bloqueo de la escuadra enemiga en las islas de Santa Margarita, y en el viaje y trasporte desde Liorna del Sermo. Sr. Príncipe de Parma en 1794, teniendo el honor de acompañar á S. A. hasta la corte. Entonces fué ascendido á general, y al año siguiente le dió S. M. el mando de una escuadra para los mares del Sur, y con tres navíos y dos fragatas salió de Cádiz el día 29 de Noviembre de 1795, y á los tres meses y cuatro días entró en el puerto de Concepción de Chile, habiendo hecho escala siete días en el puerto de Egmont en las islas Malvinas, donde preparó la escuadra para resistir los tiempos duros del cabo de Hornos, reemplazó la aguada y refrescó algunos víveres; pasó después al Callao, y desde allí á Filipinas, en cuya dilatada travesía fondeó en las islas Marianas, rectificó muchos puntos de los mares del Sur y de Asia, y atravesó con admirable intrepidez algunos estrechos poco conocidos ó frecuentados de buques de tanta magnitud. Luego que en Filipinas se supo en 1797 la guerra con los ingleses, tomó las más activas y acertadas providencias para la defensa de Cavite, seguridad de la escuadra y demás dominios del rey en aquellas partes, haciendo varias salidas, ya para inturrumpir el comercio enemigo, ya para proteger y facilitar nuestro tráfico y comunicaciones con el Perú y Nueva España.

Fué notable en estas campañas su presencia de ánimo y la extensión de sus recursos cuando en el horroroso huracan que sufrió en la noche del 24 al 25 de Abril de 1797, yéndose á pique el navío *Montañés* en que estaba embarcado, le ocurrió la invención de un nuevo timón, con el cual salvó el navío y la tripulación. En otra salida se dirigió á la rada de Macao para batir dos navíos y dos fragatas enemigas, que conociendo la resolución y acertadas maniobras de Álaba, huyeron al avistarlo, abandonando sus amarras y embarcaciones menores. Dos expediciones, que prepararon los ingleses contra Manila, una con 10.000 y otra con 15.000 hombres de desembarco y muchos buques de guerra, quedaron sin efecto con sola la noticia de los preparativos de defensa con que los esperaba este general. Así salvó aquellas importantes posesiones al mismo tiempo que se ocupó constantemente en descubrir nuevos caminos y derrotas más breves y ventajosas para el Perú y Nueva España, en mejorar el gobierno y disciplina interior de sus buques, levantar mapas, recoger observaciones, y practicar reconocimientos que adelantaron mucho la hidrografía y fa-

cilitaron la navegación de aquellos mares, hasta que hecha la paz regresó á Europa por el cabo de Buena-Esperanza á principios de 1803.

El rey y sus ministros y tribunales se aprovecharon desde entonces de sus conocimientos, que fueron muy útiles, ya para el sistema de nuestras matrículas de mar, ya sobre el establecimiento que formaban los ingleses en la isla de Balambangang, y ya sobre varios puntos importantes de la defensa y prosperidad de las posesiones españolas en Asia. Declarada á fines del año siguiente la guerra á los ingleses fué destinado de segundo jefe de la escuadra que mandó D. Federico de Gravina, y con ella se halló en el memorable combate de Trafalgar, en el cual logró salvar su navío y otros de la escuadra; por lo que le premió S. M. con la gran cruz de la Real orden de Carlos III, con el mando de la escuadra luego que falleció el general Gravina, y con la encomienda de las Casas de Talavera en la orden de Calatrava.

Creado el almirantazgo en 1807 se le nombró ministro decano de él; y en este destino, al principio de nuestra heroica revolución, desplegó desde luego su lealtad y patriotismo, resistiendo hasta las amenazas para que reconociese al usurpador, y huyó á la segunda invasión enemiga con la junta central á la Andalucía. Invadida esta provincia en 1810 por los enemigos, y mandando Álaba la escuadra del Océano, desechó con noble resolución las insidiosas propuestas que le hicieron los franceses desde el Puerto de Santa María para que les entregase la escuadra. El gobierno legítimo le nombró luego comandante general del apostadero de la Habana con los honores de capitán general de departamento, y á su regreso le confirió en propiedad el mando del de Cádiz y seguidamente el decanato del tribunal especial de guerra y marina, que sirvió, hasta que verificado el deseado regreso del rey N. S. en 1814, restableció S. M. el almirantazgo, y volvió Alaba á ocupar en él su anterior plaza de ministro.

Finalmente, fué elevado á la suprema dignidad de capitán general de la armada, y decano de este consejo en 24 de Febrero del año de 1817 cuando ya su quebrantada salud, que le obligó á pasar con real licencia á Andalucía, anunciaba tristemente su muerte, como así se verificó con general sentimiento del departamento de Cádiz, de los demás individuos de la marina, y de cuantos españoles admiraban sus virtudes y sus conocimientos.

MARTÍN FERNANDEZ DE NAVARRETE.

